

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 6 reales.
 Por tres id. 16
 Por seis id. 32
 Por un año. 60

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. . . 24 reales.
 Por comisionado. 26
 ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

LOS NOMBRES Y LAS COSAS.

Decididamente, esto no se puede sufrir.

Desde que han dado las gentes en decir que yo tengo la culpa de todo lo que sucede, estoy como si me hubieran buscado para ser ministro, que es ya todo lo peor que puede estarse en este país.

Yo quisiera llamarme Istúriz, Calonge, Pavía, cualquier cosa, aunque tuviera que llevar encima los años del primero, los engaños del segundo y los desengaños de los tres; pero me llamo como Dios quiso, y vean Vds. por dónde un pobre mortal, sin responsabilidad alguna, ha llegado á ser responsable de todo lo que pasa.

¿Quién creen Vds. que ha promovido la última crisis? ¡Yo!

¿De dónde creen Vds. que ha salido el delicioso *camelo* que aun tiene como alelados al marqués de Novaliches y compañeros mártires? ¡De mí!

Todos esos misterios de que habla con tan poco misterio *El Diario Español*; todos esos fantasmas que evoca, todas esas flechas que dispara, ¿á quién aluden, á quién representan, á quién se dirigen? A mí, solo á mí, que de seguro me habria ya rendido á tanto golpe, á no tener, como vulgarmente se dice, buenos cimientos.

En mí ha encontrado Pepe Diaz asunto para desarrollar uno de sus mas dramáticos pensamientos, y seguramente el que mas ha logrado interesar al público; por mí se escribieron la circular sobre enseñanza, y la aclaración á la ley de imprenta; para mí tiene D. Ramon siempre sonrisas, alabanzas Pezuela, y plata menuda el Banco de España.

¿Conocen Vds. algo mas desventurado que yo? Doy limosnas, y nadie me las agradece; hago favores, y nadie me los recompensa; quiero ser liberal, y no me lo permiten. En el juego me dan codillo con mis propias cartas; en mi casa, ni aun puedo fiarme de mis criados. ¿Esto es vivir?

Algunas veces oigo hablar de mi historia, y sea que á mí se me ha olvidado, ó que corre ya muy desfigurada, el caso es que yo no la entiendo. Ni yo he tenido nada que ver con los franceses, como dicen, ni á mí me han disparado balazos, ni he sido jamás amigo de enredos, ni me he metido con nadie ahora ni nunca. Es verdad que los tiempos no corren en balde; pero si algo he perdido en belleza, lo he ganado en cambio en solidez.

Se me echan muy amenudo en cara mis ideas. ¿Acaso no puedo tener las que me agraden, ó no tener ninguna, puesto que no las necesito para nada? Al que no hace mas que su voluntad, ¿qué le importa la voluntad de los otros? Si acaso, le servirá para lo que me sirve á mí, para hacerme desgraciado con ese afán de achacármelo todo.

Conque, señores, cuando oigan Vds. que así sucede; cuando vean que me traen y me llevan como abadesa de lugar, y no hay ministerio que yo no arregle, ni función en que no toque pito, tengan Vds. la bondad de no creerlo, y de creermelo á mí solo cuando aseguro que soy un infeliz, que si algo tengo malo me lo han proporcionado las compañías, y sobre todo, que en mi clase ha habido siempre poco en qué escoger.

Pero ahora que me acuerdo; con tanto hablar de mí mismo, ¿aun no saben Vds. quién soy yo?

Pues figúrense Vds., y se habrán figurado la verdad, que soy en cuerpo y alma

PALACIO.

DEL DISCURSO DE LA CORONA.

Ya hemos mentido, y parece que aun no hemos dicho nada.

¡Cosas de periodistas!

Vds. habrán oido hablar del *hilo* del discurso, de la trabazon de sus partes, y de cosas semejantes. Pues bien: en el que fué leído anteayer en el Senado no hay tal hilo, ni algodón, ni cosa que lo parezca.

En cambio, todo él es fino como una seda.

Si se llamara coleccion de conjeturas sobre sucesos probables, no estaria del todo mal titulado; pero en este título no irian comprendidas las noticias afirmativas y verdaderamente consoladoras que encierra.

Por ejemplo: «nuestras relaciones con las Potencias extranjeras continúan siendo satisfactorias...»

Esta noticia vale algo. Quiere decir que Nápoles es una potencia y que seguimos en las mas íntimas relaciones con el consabido encargado de negocios. Quiere decir que el reino de Italia no existe, no es una potencia, revelación que tranquilizará á los que se lamentaban de que nuestro gobierno se anduviese haciendo el desentendido con aquella buena gente.

«El advenimiento al trono del emperador de Méjico es el principio de una nueva era.»

Aquí tienen Vds. un párrafo casi *Gilblasiano*.

Observen Vds. cómo no se condena el acto de haberse dado Méjico las instituciones mas de su agrado; cómo se acepta con gozo el resultado de un acto de soberanía popular: esta noticia es muy del gusto de GIL BLAS, y confiamos que lo será de los españoles todos.

En el documento que vamos examinando se asegura tambien que los pueblos americanos se irán convenciendo mas y mas cada dia de que en nuestro trato para con ellos no nos mueven miras ni designios ambiciosos.

Esta es la pura.

Nosotros estábamos ya persuadidos de que la con-

ducta de los gobiernos españoles con América no nos llevaba á ganar, sino á perder; y el barrunto de tamaña abnegación se convierte hoy en la mas evidente certeza. Creemos en efecto que los americanos lo van entendiendo así, y que no tardarán en contribuir al logro mas completo de nuestros cristianos propósitos.

Con la China ya es otra cosa. Allí esperamos obtener las ventajas mismas que han obtenido otras potencias en seguidita que se someta á la aprobación de las Cortes cierto tratado. Otro *idem* vendrá fijando los límites de nuestras fronteras con respecto á Portugal..

Vds. no saben tal vez dónde termina Portugal y dónde empieza España. Pues de ahí el tratado *dont le besoin se faisait sentir*.

Sabremos á qué atenernos; no andaremos ya cayendo á cada paso en la ilusión de creer que no hay límites naturales entre esas dos fracciones, y cuando se nos ocurra motejar de extranjero á un hijo de la Península, no habrá mas que echar la vista al tratado y veremos todo el espacio abierto á nuestro... patriotismo.

Noticia gorda tomada del *discurso*: los asuntos de Italia están suspensos de resolucion.

Todo aquello de Florencia, Toscana, las Sicilias y las Marcas, fué humo vano: no hay nada hecho: ni los pueblos se acabaron de declarar italianos, ni sus antiguos dueños acabaron de ser destituidos: está todo suspenso de resolucion. ¡Me dan lástima! Nosotros lo tenemos todo tan definitivo, tan seguro... ellos ¡pobrecitos! ni conocen sus límites, ni saben quién les gobierna, ni están reconocidos...

Aunque el párrafo siguiente dice «que el estado general de la Monarquía, considerado en toda su extensión, no es tan satisfactorio como seria de desear,»

Casi no me atrevo á creerlo.

Tenemos la mejor forma de gobierno imaginable; tenemos una unidad religiosa que es causa de los mas apetecidos bienes; una dinastía cuyo trono se asienta en el amor de los pueblos, amor mil veces probado con el hierro y el fuego, y amparado además por el derecho divino; tenemos los gastos siempre nivelados con los... gastos; tenemos una paciencia inagotable; ¿y aun podemos desear mas?

Verdad es que en el párrafo siguiente se dice que la situación de la hacienda requiere detenido y maduro examen; pero si no es mas que eso, no hay motivo para desconsolarse. Examinaremos ¡vive Dios! detenida y maduramente, y si como dice mas adelante el documento, la hacienda requiere esfuerzos que no rehuyen los pueblos enérgicos é inteligentes, pidásenos el esfuerzo que se quiera; pidásenos pronto un trimestre de anticipo forzoso; pidásenos dos; ya estamos acostumbrados á esas bagatelas, y cada vez que al pueblo español se le pide algo semejante, dá mas, mucho mas de lo que se le pide.

Con esto y con el mayor estímulo para los capitales y el proyecto relativo al ejercicio de una cosa que al parecer será la libertad de imprenta y otro para el inesperado caso de sedición ó asonada, con mas el de la

guardia rural y el aumento de retiro á los militares, termina el discurso.

Con que ya ven Vds. que no hay de qué quejarse. ¡Ah! ¿preguntaba Vd. por Santo Domingo? Eso lo traerá el correo.

ROBERTO ROBERT.

LA LLAVE DE LA POLÍTICA.

Así como el interés del dinero en la Caja de los despropósitos ha subido al 9 por 100, así también el interés de la política anda por las nubes.

O para hablar más claramente, por la región de los misterios.

Antes de entrar en el mundo de las tinieblas, voy á sentar una verdad que no debe estar de pie.

Partamos de este principio matemático:

El padre Claret se ha immortalizado con *La llave de oro*.

Yo, siguiendo las huellas del reverendo, voy á ver si descubro *La llave de la política*. ¡Oh gloria, voy á cogerte por los cabellos y á sentarte á la cabecera de mi cama!

Veamos si con esta llave se abre la puerta de los misterios.

Aplico la llave á la cerradura de *El Espíritu Público*:

—¡Chirris, chirris!

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, amado colega. He leído en sus columnas lo siguiente: *Todos miran al camino de la regencia, los unos para allanarlo y los otros para transitarlo*. ¿Me quiere Vd. hacer el favor de explicar este misterio?

—Pues, hombre, bien claro está el sentido.

—Ese sentido es el que yo he sentido no penetrar. Dice Vd. que todos miran á la regencia... y como yo no he mirado hasta ahora mas que á la revolución, quisiera saber dónde está esa señora para echarla también una mirada de arriba abajo.

—Buenas noches, GIL BLAS.

Por este lado me quedo á oscuras.

Llamemos á otra puerta.

—¡Chirris, chirris!

—¿Quién anda ahí?

—¿Se puede ver á la madre priora?

—¿Qué le quiere Vd., hermano?

—Una cosa muy sencilla. Averiguar qué tiene ella que ver con la política. Los periódicos andan todos los días con su nombre á vueltas, sobre si el Papa la llama á Roma, sobre si ella no va, sobre si tiene influencia...

—¿Quién es Vd.?

—Un liberal.

Como si hubiera dicho el diablo, me da con la puerta en los hocicos, y váse.

Pero ahora caigo en que D. Ramon me puede explicar estos misterios.

—¡Chirris, chirris!

—¿Quién za cerca?

—Un pobre diablo que viene lleno...

—¿De dinero?

—No, señor, de dudas.

—Ezo no zirve: dinero es lo que neceza Barzanayana.

—Don Ramon, aunque soy enemigo de Vd., no hago lo que los moderados de *La Libertad*, que solo cuando le ven á Vd. caído le hincan el diente.

—Ya lo zé, y ezo me tiene á mí encalabrinado. Vamos, ¿qué quieres, chiquiyo?

—Cuando Vd. estuvo en crisis, se dijo que fué por querer abandonar á Santo Domingo, renovar la servidumbre de Palacio y hacer que la madre priora cumpliera las órdenes del Papa. Vd. ha vuelto al poder. Corriente. ¿Es para que se cumpla todo eso?

—¿Zabes, chiquiyo, que ezas zon muchas preguntas de una vez? Se parece á aquello de

¿Quién es? ¿dó va? ¿qué busca? ¿qué le trae?—del *Puñal del Gordo*.

—Del *Godo*, D. Ramon. Lo cierto es que toda se vuelve misterios la política. *El Diario Español* toca

general, los neos hablan del fin del mundo... ¿Dónde está la causa de tanta alarma? Yo, al oír esto, me pongo mas alegre que unas Pascuas; pero sentiria que mi ilusión se desvaneciese.

—Adios; voy á escribir á Loja diciendo que pongan fuego á la chimenea para que ze temple la habitación.

Tampoco he podido averiguar la verdad por esta puerta.

Llamemos á otra.

—¡Chirris, chirris!

—¿Quién anda ahí?

—Abra Vd., señor Ramos Meneses. Quiero que usted me explique de qué medios se ha valido para que los periódicos le tengan por hombre influyente.

—Que se lo explique á Vd. el Sr. Tenorio.

—¿También el Sr. Tenorio es hombre influyente? ¡Pero, señor, á que sacamos en resumidas cuentas que la política es impenetrable!

Y no pude averiguar mas.

Confieso mi humildad ante la suprema sabiduría del padre Claret.

Este santo varon, con solo coger la pluma y estampar sobre el papel los sublimes preceptos de *La llave de oro*, llegó de un salto á la inmortalidad.

Yo no puedo saltar tanto.

La política, como un abismo, me atrae y me cubre de sombras.

Para ver claro, necesito el resplandor de un incendio...

Ahora conozco que esta idea quema, y para apagarla pongo encima un punto final.

LUIS RIVERA.

CHISMOGRAFÍA.

ESCENA UNICA.—MI VECINO Y YO.

I.

—¿No sabe Vd. lo que pasa, amigo mio?

—No sé nada, D. Homobono.

—Figúrese Vd. que he ido á la Plaza Mayor...

—Me lo voy figurando.

—Con objeto de comprar castañas...

—Eso es muy laudable.

—Pues bien... en Madrid no hay castañas.

—¿Qué cosa mas horrible! ¿Y por qué?

—El gobierno las ha comprado todas hace ocho días.

—¿Para qué?

—Para dárselas al marqués de Novaliches.

—¿En verdad que la castaña ha sido gorda!

—Y no es eso lo peor...

—¿Pues qué es lo peor?

—Que ese mismo gobierno no ha dejado en la plaza ningún pavo.

—¿Hombre!

—En cuanto supo que *Pavía* era el que iba á subir, mandó cortar el pescuezo á todos los individuos de su familia.

—De modo que D. Ramon ha dicho lo que el *tío Chuleta*:—«¡Tengo el honor... de llevarme el pavo!»

—¿Pues todavía hay mas, amigo mio!

—Hable Vd., D. Homobono, que esto me huele á chamusquina.

—Desde la calle de Esparteros adelante, no se puede dar un paso. ¡Qué codazos, qué golpes, qué bocados; sobre todo, bocados!

—¿Pues cómo así?

—Los vicalvaristas, hombre, los vicalvaristas!

—¡Ah! ya.

—Como se ven privados de comer el *turron* que da el gobierno, han estado aguardando hasta hoy para saciar su apetito con el *turron* que se vende en la Plaza Mayor; pero D. Ramon, que se ha propuesto sitiarnos por hambre, ha prohibido á los vendedores, bajo pena de garrote, que den *turron* á la gente del cincuenta y seis; y allí habia Vd. de ver á todos los redactores de *El Diario Español* con un palmo de lengua fuera, y á Coello de Portugal diciendo que le dejaran pasar, que él tenia tarjeta del gobierno. No he visto mayor escándalo.

—¡Vaya! ¡vaya!

—¡Ah! Pues no le cuento á Vd. lo mas gracioso. Ya cerca de la calle Mayor habia dos títulos de Castilla que parecian dos gallos ingleses; y disputaban también sobre *turron*, y el uno le decia al otro aquellos versos de un sainete:

O te he de echar las tripas por la boca
O hemos de ver quién tiene la peseta.

Y el ofendido no pudo contestar porque se trabó de palabras con un transeunte que no queria pagar diez reales á un guardia por haber hecho una necesidad urgente.

—Es que el señor aquel querria que se cumpliera un bando...

—Sí, un bando que creo que el redactó cuando *corregía* no sé qué cosas.

—Grandes son las que Vd. me cuenta, D. Homobono.

—Aun va Vd. á saber mas. Estaban unos ciegos cantando aquello de

Carrascas qué niño tan guapo,
Carrascas qué gordito está,
Carrascas qué empleo que tiene,
Carrascas, carrascas, carrascas.

y llegó un guardia veterano, y le pegó un puntapié á uno de ellos, que si no recobró la vista, por lo menos vió todo un curso de Astronomía.

—¿Pero por qué?

—Porque habia ido á cantar eso del niño guapo y del empleo que tiene, debajo de una estatua de la plaza de Oriente; y el guardia dijo, que aquel no era sitio para decir esas cosas; que allí estorbaban á la gente, y qué sé yo cuántos improperios le dijo.

—No lo entiendo.

—Ni yo; pero ¿qué quiere Vd.? Estamos en época de misterio.

—¿Y qué más tiene Vd. que contarme, amigo don Homobono?

—Se preparan grandes aguinaldos.

—¿Sí, eh?

—El Congreso de los diputados piensa regalar una anguila de Toledo al presidente del Consejo. Se dice que la idea ha partido de D. Cándido Nocedal, quien no sabiendo cómo favorecer á sus electores, quiere que sea en Toledo donde se fabrique el *camelo*, digo, la anguila parlamentaria.

—Gran pensamiento. ¡Con tal de que la anguila de Nocedal no se vuelva víbora!

—Un diputado, electo por Valderrobles, añadirá al mazapan un librito titulado: *El arte de hacer fortuna*. Con objeto de no cansar á los señores diputados, el libro será pequeño, —apenas tendrá cuarenta hojas.

—¡Bravo!

—No, hombre, no. Meneses.

—Pero si es que yo decia ¡bravo! de entusiasmo.

—¡Ah! bueno. Se dice también que para llevar á cabo esta empresa, que exigirá algun gasto, cada diputado contribuirá con tantos reales como votos haya obtenido.

—Pues mire Vd., algunos habrá que no lleguen á tres pesetas.

—¡Yo lo creo!

II.

Hasta aquí las noticias de mi vecino. Yo sé, además, que el día de Pascua habrá en Somosaguas un *té fúnebre* servido por micos de Tetuan; y en la Plaza de la Villa un *chocolate patibulario*, en celebracion del triunfo adquirido por los moderados sobre los unionistas, y que es, como si dijéramos, el triunfo del Ave María. El *té* será modesto, porque no estamos para gastos. El chocolate será magnífico, porque... *pe-luca lleva quien paga*.

EUSEBIO BLASCO.

CABOS SUELTOS.

La Noche-Buena en el Ministerio.

¡Llegó la hora, ciudadanos! En la mesa del Ministerio acaba de presentarse la consabida sopa de almendra.

Don Ramon:

¡Zalero, viva el país
mientras abunde el *turron*...
Don Luis, ziga la funcion;
venga otra copla, don Luis.

Don Luis (cantando):

Esta noche es noche buena
porque estoy yo en el poder,
y á la puerta está la crisis
y el gobierno está en Belen.

El pueblo (desde la calle):

¡Carrascas, qué pico tan mono;
carrascas, qué gordo está ya;
carrascas, si esto dura mucho,
carrascas, nos dejan sin pan!

Don Antonio Galicano:

A mí me llaman apóstata
y á fé que tienen razón;
por apóstata y buen mozo
me llevo la palma yo.

El pueblo (desde la calle):

¡Carrasclos, qué pico tan mono, etc.

Don Antonio Bienloolvidos:

Moderado y jesuita,
pastelero y algo más,
yo llevo siempre la crisis
en los bolsillos del frac.

El pueblo (desde la calle):

¡Carrasclos, qué pico tan mono, etc.

Don Lorenzo Alazorra:

Yo quiero echar una copla
por encima del gobierno,
para que el absolutismo
venga á arreglar lo del clero.

El pueblo (desde la calle):

¡Carrasclos, qué pico tan mono, etc.

El general Cordovan:

En mi primer testamento
dí á las gentes qué decir,
pues cuando llegue el segundo
puede temblar el país.

El pueblo (desde la calle):

¡Carrasclos, qué pico tan mono, etc.

El general Artero:

Aquí me tienen ustedes
casi sirviendo de estorbo;
siempre me pasa lo mismo
en el político golfo.

El pueblo (desde la calle):

¡Carrasclos, qué pico tan mono, etc.

La algazara aumenta con cada copla, y termina por un baile alrededor de la mesa, parecido al baile de las brujas. Para el día siguiente, en celebración de la Pascua, disponen comerse un

Pavo relleno

con las siguientes menudencias:

Cuatrocientos pagarés,
veinte y cinco mil discursos,
ochenta y siete programas,
y un presupuesto menudo.
Un motín O'Donnellista,
varios manejos ocultos,
nueve misterios y pico,
y setenta y cuatro sustos.
Un diputado fantasma
que es á un tiempo coco y cuco,
un fraile demandero,
y una monja que hace el duo.
Con relleno semejante
se puede dar por seguro,
que el que lo coma en diciembre
reventará antes de junio.

Un periodista francés, tratando de escribir un artículo sobre la política española, confiesa su impotencia en los siguientes términos:

—Nos hallamos en la crisis 442; en cuanto empiece mi artículo llegará la 443 y cuando lo lea el público la 444. Es imposible seguir un cuarto de hora á los políticos españoles. Esto mismo dice GIL BLAS.

Escribió un artículo la semana pasada sobre los ministros. Al corregir las pruebas, los ministros habían caído, y se corrigió el artículo. Tres horas después de publicado, volvían á ser ministros los caídos.

—Señores ¿qué formalidad es esta?

Estamos en la redacción de *La Época*:

Un redactor (leyendo el artículo de fondo que acaba de escribir.)—«El ministerio del ilustre duque de Valencia, es hoy el único que por sus ideas de conciliación entre los hombres de orden y verdadero progreso, puede ayudar al desarrollo de las fuerzas vitales del país...»

Otro redactor (que entra).—¿De quién habla Vd.?

—Del duque de Valencia.

—¿Qué duque ni qué calabazas!... Ya ha caído... le sustituye el general Pavía.

—Pues aguarde Vd., enmendaré el nombre en el párrafo, (leyendo).—«El ilustre general Pavía es hoy el único que por sus ideas de conciliación entre los hombres de orden y verdadero progreso, puede ayudar al desarrollo de las fuerzas vitales del país...»

Un amigo (que entra).—¿Qué está Vd. leyendo ahí, si ya

no es Pavía sino Istúriz el encargado de formar ministerio?

El redactor.—¿Istúriz? Aguarde Vd., que voy á enmendar... (leyendo): El venerable señor Istúriz es hoy el único que por sus ideas de conciliación...

El director (entrando).—Ya no es Istúriz... El ministerio Narvaez vuelve al poder.

El redactor.—¿Narvaez? Déjeme Vd. borrar... (leyendo): El ministerio del ilustre duque de Valencia, es hoy el único...

El director (interrompiendo).—¡Está bien! que lo lleven á la imprenta.

—¿Sabe Vd. por qué no ha formado ministerio el general Pavía?

—Si señor, porque como estamos en Pascuas se temía que las oposiciones se lo comieran asado.

Un señor presbítero, que escribe cartas á *La Regeneración*, acaba de decir una verdad sobre las mujeres.

Hablando el presbítero de las intrigas que en la corte de Madrid se fraguaron á la muerte de Carlos II, dice:

«La Reina y la condesa de Berlips se habían declarado contra la casa de Austria. La condesa de Berlips no había «leído á San Pablo, que manda callar á las mujeres. Napoleón I también dijo á una alta dama de su imperio, «que las mujeres subían ó bajaban según los grados de su fecundidad.» Jamás vió la naturaleza un gallinero presidido por una gallina.»

Hasta aquí la opinión del señor presbítero.

¿Me permitirá una observación inocente?

A pesar de San Pablo,

A pesar de Napoleón,

A pesar de todo el mundo,

Yo he visto un gallinero presidido por una gallina.

Y si esto he visto yo, la naturaleza, que tiene mejores ojos, ¿qué no habrá visto?

Nos sale al paso la pastoral que don Andrés Rosales y Muñoz ha dirigido á sus diocesanos de Jaén, con motivo de su traslación á Almería.

El Sr. Obispo, al recomendarles que no lean *Los Miserables*, se espresa con la elocuencia que aquí verán Vds.:

«¿Qué han de aprender vuestros hijos y familias, si leen entre otras novelas (famosas para los mundanos) la de los tan ponderados *Miserables*, en que se presenta de Obispo todo un pobre hombre humillado por su bajo porte é instrucción mezquina?...»

El Obispo de *Los Miserables* vive pobre y humildemente, porque su sueldo lo reparte entre los necesitados.

Su casa está siempre abierta para los que sufren.

Su bondad y santa palabra, convierten al criminal en hombre de bien.

Todo esto, á los ojos del Sr. Obispo de Almería, es portarse bajamente.

Si el Obispo de *Los Miserables* habitara un suntuoso palacio, y fuera servido por numerosos criados, y gastara coche—como los Obispos de España,—de seguro que el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Andrés Rosales y Muñoz, no se quejaría de su bajo porte.

Pero ¿á cuál preferiría el pueblo?

¡Qué dolor!

El general Pavía ha hecho dimisión de su cargo.

¡Cesante! Aquí viene bien lo de Serra:

Derramemos una lágrima

á la memoria de aquel

que se llevó el mico... y luego

nos iremos á comer.

También parece que dimiten los señores Pezuela y Villuma.

En visperas de Navidad... ¡Qué sacrificio!

El desenlace de la crisis ha sido saludado por el país con una inmensa carcajada, que se ha escapado por las cien bocas abiertas del tesoro público.

Por fortuna, ya no se necesita ni aun preguntar ¿quién reirá el último? Está averiguado que el último que ha de reír es GIL BLAS.

La novela de *El Contemporáneo* toca á su fin.

Apenas le queda ya un redactor sin empleo.

Se anuncia como muy próxima la desaparición del *Criterio* y de la *Verdad*.

Siempre hemos creído que la *Verdad* y el *Criterio* no cambian en esta situación.

Un Sr. Bago, gobernador de Tarragona, se ha propuesto, según parece, disolver todos los casinos de la provincia. Es claro; como él es Bago, querrá que todos lo sean también.

Si el Sr. Bago tuviera muchos parientes y se dedicaran todos á gobernadores, GIL BLAS pediría la aplicación inmediata de la ley de *vagos*.

Considera, alma cristiana,
el dolor que habrá este día,
en la gente de *Pavía*
que va á bailar la *Pavana*!

Parece que todos los candidatos á ministros durante la crisis pasada van á celebrar con una comida su último triunfo.

Con este objeto han pedido, según se dice, la plaza de toros. Para evitar murmuraciones, se advierte que hace días están corridos.

MENESTRA.

Hay en la Exposición un cuadro que representa un ferrocarril conducido por demonios.

Dicen que es el cuadro que gusta más á los neos.

El que quiera ver lo bueno, que se detenga delante de cuadro del Señor Rosales—el testamento de Isabel la Católica. Soberbia composición, magnífico colorido, enérgico pincel...

¡Lástima que las figuras tengan todas aire de familia!

En cuanto al señor Vilches, director de los pensionados en Roma, ya saben Vds. que ha echado el resto en la estatua de la Reina.

Todo el mundo la conoce al instante...

Como que tiene debajo el letrero.

Un espectador contemplaba el otro día en la Exposición de pinturas un cuadro en el cual se ven unas brujas montadas en sendos palos de escobas.

—Mire Vd., mire Vd., le decía el espectador á un caballero mal encarado y al parecer descontentadizo. ¡Esas brujas se están saliendo del cuadro!

—¡Pues ya podían estar á doscientas leguas de aquí exclamó el otro apartando la vista del lienzo.

Y en efecto, aunque las brujas se hubieran marchado, nada hubiéramos perdido.

¡Qué torpe es el público!

No ha habido un espectador que al colocarse delante del cuadro de *La rendición de Bailén* no haya creído que el vencedor era el vencido, y vice-versa.

¡Señores, por el amor de Dios! ¿Quién tiene razón, el pintor ó Vds.?

Se sabe ya á punto fijo, quién acibaró los últimos momentos de Colon. Fué el Sr. D. José María Domenech, al anunciarle que andando el tiempo representaría en un cuadro tan dolorosa escena.

Sometemos al juicio de las personas inteligentes en agricultura, el siguiente acertijo:

—Si la cabeza de Colon no es una berengena, ¿qué es?

Un periódico hace grandes elogios del Jurado de la Exposición de Bellas artes, diciendo, entre otras cosas, que ha colocado todos los cuadros á una luz conveniente.

Para que esto fuera verdad, debían haberse llevado á un cuarto oscuro el episodio de la batalla de las Navas, del señor Francés, algún bocetito del Sr. Benjumea, y varios interiores de Santa María del Mar.

No dudamos que á esta luz hubieran parecido deliciosos.

Por todo lo no firmado,

EUSEBIO BLASCO.

NOCHE-BUENA

ILUSTRADA POR ORTEGO.

(Aventuras de un cadete.)

I.

Carlitos lleva ya un año en el colegio de cadetes de infantería.



Acaba de recibir una carta de su papá, en la que le dice que la familia está deseando abrazarle y que él le espera en la estación de Aranjuez. Ha llegado la Navidad, y el colegio de cadetes de Toledo se queda con este motivo casi desierto.

Carlitos se dispone a venir a la corte donde espera pasar la Noche-Buena mas buena de su vida.

Media hora antes de salir el tren, se despide de sus jefes, los cuales le recomiendan que tenga mucho juicio.

Abraza en seguida á sus compañeros, que lloran



al despedirlo, y cargado con el saco de noche se dirige á la estación. El corazón de Carlitos palpi- ta con violencia á cada pa- so que da hácia Madrid, y tropezando con este, y pisando

al otro, llega al despacho de billetes y pide uno de primera clase.

Iba Carlitos á sacar el dinero, cuando sus ojos se encuentran con los de una joven que, acompañada de su mamá, se dirige al tren.

Maquinalmente, los pies llevan á Carlitos detrás de los ojos, y los ojos se le van detrás de la joven, que tendria unos 18 años, y era rubia por mas señas.

La mamá sube primero, despues la niña rubia, y



Carlitos observa con el corazón estremecido, que tiene un bonito pié.

El pié de una rubia de 18 años, visto al descuido, por ejemplo, cuando sube al tren, es cosa que puede volver loco á un granadero de la guardia, cuanto mas á un cadete.

Esto no lo decia Carlitos, pero se le ocurre á cualquiera.

La joven, despues de acomodarse bien en el coche, lanzó una mirada á Carlos, que este agradeció mucho, y se dijo:

—¡Tate! En ese coche no van mas que ellas... yo voy á subir tambien, ¡y el Dios de los ejércitos me proteja!

En esto se oye el silbido de la locomotora.

Entonces se acuerda Carlitos que, distraído con la rubia, no habia tomado aun su billete.

Vuelve al despacho y ¡oh dolor! está cerrado. Corre al tren, y apenas llega al anden, parte á toda velocidad la locomotora.



Carlitos se tira de los pelos. La rubia asoma la cabeza, y como quien no hace nada, vuelve á inundar de luz con otra mirada el

corazón de nuestro cadete.

Desesperado Carlitos, se volvió al café, y allí, jugando al billar, esperó la salida de otro tren.

Pero como estaba de mal humor, por una ligera



disputa le rompió á su contrario el taco en la cabeza, no sin recibir en el estómago la caricia de una bola que se paseaba por el aire.

Apaciguado el tumulto, volvió á la estación pensando siempre en la rubia, que habia aparecido ante sus ojos

como una vision de Osian, como Julieta cuando esperaba á Romeo en el balcon, bañada por la luna.

Esta vez llegó á tiempo; y como estaba rendido de las emociones del día, á los pocos kilómetros se durmió profundamente.

Pero ¡ay! su sueño no fué tranquilo: se acordó de Muller, el que asesinó dentro del tren á Brigge, y soñó con él, dando gritos desaforados, que alarmaron á sus compañeros de viaje.

Llega el tren á Aranjuez.

—¡Aranjuez! ¡diez minutos!



El padre de Carlitos le busca por todas partes, preguntando: ¿y mi hijo? ¿quién ha visto á mi hijo? lo mismo que los franceses cuando preguntan: ¿y Lambert? ¿quién ha visto á Lambert? Pero Carlos sigue durmiendo.

Al llegar á la estación de Madrid, se despierta de pronto, y creyéndose en Aranjuez, grita desde la portezuela:

—¡Papá! ¡papá!

Su padre, que se habia metido tambien en el tren, desesperado por no haber visto á su hijo, reconoce ahora su voz, y asomando la cabeza por la portezuela del coche, dice:



—¡Ah! ¿estas ahí, perillán? Deja que te eche la vista encima, verás el puntapié que te chupas.

II.

¡La noche buena! ¡Qué alegría, qué animacion, qué estruendo en todas las casas! Los chicos con sus zambombas, las mujeres con sus risotadas, los hombres con sus cantares. Pues señor, alegrémonos, y venga de ahí, cuerpo bueno.

Esta noche es noche buena y no es noche de dormir.



Carlitos acaba de echarse á pechos un plato de sopa de almendra que llama á Dios de tú!

En seguida coge el vaso y lo apura.

—Que te va á hacer daño, le dice su mamá.

—Esta noche es noche buena, contesta el hijo.

—Quiera Dios no sea para tí noche toledana, añade el papá, que gasta malas pulgas y peores palabras.

Tras un plato viene otro, y se anima la conversacion, y se apura el vino, y se llega á los postres, donde todos hablan á la vez.

Pero Carlitos ha bebido demasiado.

Con el caballo descompuesto, los ojos estraviados y la lengua torpe, pide la palabra para brindar, y suelta el siguiente discurso:

—Señores: Sensible, digo no, agradable es encontrarse uno rodeado de una familia tan pacífica como esta y con la que nos unen los lazos de... y la fraternidad...

—¡Bravo! ¡Bien! ¡Que siga!

Los padres de Carlitos le oyen con la boca abierta.

—Señores, prosiguió el niño, vuelvo á la familia para demostraros que ella es la rémora y el estorbo de la juventud.

EL PADRE.—¿Qué dices?

CARLITOS.—«Aquí me teneis á mí que soy un esclavo... blanco. El que no tiene familia va á donde le da la gana y se retira á la hora que quiere. Hoy habla á una rubia, mañana á una morena, aquí toma una copa, allí fuma un cigarro. Pero yo que vivo sujeto al capricho de unos padres tiranos...

EL PADRE.—¡Calla, muchacho!

CARLITOS.—Ya lo veis, me niega la palabra. Si en España no hay libertad... ¡Abajo los despotas!...

No acabó Carlitos su discurso sin que el padre le



echara mano al pescuezo y lo encerrara en su cuarto, diciendo:

—¡Ea! ¡á dormir la mona! A estos chicos no se les puede dar vino.

Con el encierro de Carlitos desapareció la alegría de la reunion.



La madre fué la que primero intercedió por él. Despues de una larga discusion, fué acordada la libertad del preso.

Desgraciadamente, cuando volvió el padre, ya Carlos no estaba; se habia escapado descolgándose por una ventana á la calle.

Alarma, confusion, gritos, imprecaciones de la madre al padre, susto en todos.

III.

Al saltar á la calle, pasa una parranda con zambombas y panderetas, y Carlos se une á ella.

—¡Viva la patria! grita muy contento dirigiéndose con la parranda á la misa del gallo.

Uno que iba á su lado reparó en la cadena que lleva Carlos al pecho, y al ir á tomar el agua bendita, le tomó la cadena con el reló.

Pero el vino hizo su efecto: el estómago de Carlos no estaba acostumbrado á la bebida, y al mareo siguieron las náuseas, y á las náuseas...



Carlos puso perdida á una señora que tenia delante.

El marido de esta se vuelve, y viendo la catástrofe, y considerando el dinero que iba á costarle otro vestido de seda, monta en cólera y se lanza furioso sobre el cadete.

Por fortuna le sacaron á la calle, y el aire libre le serenó algo.

Al salir de la iglesia, se encontró con un amigo que iba tambien algo alegre.

—Carlos, le dijo, dame un abrazo: esta noche la vamos á correr.



Cogidos del brazo, se dirigen los dos á una tienda de andaluces, gritando:—¡Esta noche es noche buena!

Si hemos de ser francos, Carlitos no se daba cuenta ya de lo que le pasaba, por mas que el lance de la iglesia le habia despejado algo.

Todos los cuartos estaban ocupados, lo mismo que las mesas del salon. En una de ellas descubrió Carlos el rostro de la rubia que habia visto en el tren de Toledo.

Aquí te quiero, escopeta. La rubia conoció tambien á Carlos, y los dos amigos se sentaron en una mesa inmediata que acababa de quedar vacante.

La rubia estaba con su mamá, y las acompañaba un hombre entrado en años, el cual miraba con recelo á los dos jóvenes.

Carlos pidió una botella de champagne, con objeto de convidar á la rubia y entablar conversacion. Al ofrecer á esta una copa, el hombre entrado en años, se levantó, y dándole un golpe en el brazo, hizo que la copa fuese á dár en el techo.

Acudieron los mozos, y entró el sereno á serenar la reunion.

A Carlos y á su compañero, por promovedores de escándalo, les obligaron á marcharse, y aquí empezó Cristo á padecer.

La botella de champagne valía cincuenta reales,



y entre los dos amigos no reunian 15. Afortunadamente el dueño les dejó marchar fiando en sus palabras.

Daba las tres el reló de la Puerta del Sol, cuando los dos amigos cruzaban por delante del

café Imperial, donde á la sazón se encontraron al padre de Carlos, que habia recorrido ya en su busca medio Madrid.

IV.

Al despertar al día siguiente, exclamó Carlos con la mayor ingenuidad:

—¡Qué noche buena tan mala he pasado!

V.

Habla el autor.

Y, sin embargo, todos los años volvemos á lo mismo. En cuanto se acerca Navidad, no hay corazón insensible al ruido de las zambombas, ni ojos indiferentes á los comestibles que ostenta aquella Plaza Mayor que Dios bendiga.

Amigo lector, siéntate á una mesa bien servida, al lado de personas amadas, con esa confianza íntima de la familia, y dime si en aquel instante te acuerdas de las Cortes, ni de si Gonzalez Bravo es una vele- ta, ni si Alcalá Galiano es un apóstata...

No bebas demasiado para no perder el compás de la fiesta, como nuestro cadete: riéte del mundo, como yo me río, y echa fuera no una, sino diez canas,—que hartas malas noticias nos trae el telégrafo todos los días.

LUIS RIVERA.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—1864.